

Cero a la derecha/Ida Gramcko

Los amigos de entonces

HACE POCOS DIAS UN problema profundo en pesar nos salió al paso haciéndonos una mala jugada. Se trata del viejo conflicto de la ausencia. Un pensador, a quien leía todos los miércoles en su "Reloj de Arena", se nos va repentinamente. En trato personal conocía poco a Ignacio Burk pero era de esos escritores que se convierten en amigos a medida que se les lee. Recordaré su magnífica columna cada vez que se cumpla lo que era su día de aparición en este diario. Interiormente pensaba que sería grato ser leída por él. Una vez le dije: "le leo siempre" y él respondió: "yo también". No es fácil -aquello mucho me alegró-hallar lectores de su talla, tan enterados de toda investigación en la filosofía y en la ciencia. Pero el mismo día en que nos pesó tanto su ya no estar aquí, me topé sensitivamente con otra lejanía. De nosotros, de la dura corteza terrenal donde, a veces, no parece entenderse la vida de las rosas, de la tierra partió Raimundo Chela, un matemático brillante, profesor de la Central, autor en Londres de un trabajo excepcional en su materia, considerado en América Latina como uno de los mejores creadores en el mundo munérico. No interesan ahora sus títulos sino su claridad emotiva e intelectual en la añoranza. Se me vino encima -lo digo así, llanamente-como una carga conmovida y cromática, todo un puñado de recuerdos. Le conocí en mi juventud, en mi sobrecogida juventud, y siempre vi en su hu-

manidad, además de su talento científico, una sensibilidad encantadora, llena de candor y de adhesión a la belleza. Estudiándolo ahora -es un buen telescopio el tiempo trascurrido-rememoro su pureza interior, tan difícil en estos días, y hasta me atrevería a decir, siguiendo la línea arquetipal de C. G. Jung y lo que nos expresa sobre "el ánima", que Raimundo Chela poseía un hondo dinamismo maternal pues, cuando hablaba sobre la realidad social, veía en los dirigentes de distintas regiones, una capacidad de amor que otros discutirían, pero en la que él confiaba por entero. Era tan abierto -parecía desparramarse-tan abierto al fervor por lo humano, que semejaba llevar consigo una grande y sensible torpeza, cual si no le alcanzaran las manos para repartir agua y pan. Privilegiada sensibilidad la suya, pues buscaba en el origen de los actos humanos, una fuente o un sino de bondad o generosidad primigenia.

No estaba con él de acuerdo en todo, pero me atraía su rotunda devoción por el ser humano. Eran días de encuentros con diálogo, de conversaciones sobre pintura y poesía, y cuando me casé. Chela me regaló un libro de la pintora Mary Casoat que pintaba hermosas maternidades de un color rosa tierno. Amaba a los niños con un fino y delicado temblor, como si siempre los estuviera guareciendo y protegiendo; hablaba sobre poesía con un respeto cálido y en casi todo hecho cotidiano, reñido generalmente con la poesía, hallaba lirismo hasta tal punto que en-

tonces -yo tenía dieciocho años, algún vestido azul, un broche antiguo, una flor en un libro y una pasión fervorosa y poco flexible, como ahora, para los poemas-enternecía su índole magnánima. En aquel grupo, donde el nombre de algún gran escritor era casi sagrado para mí -no sé cuántos nimbos he colocado sobre las cabezas, y a veces, sin suerte-en aquel grupo, yo, por mi parte, bajaba la mía ante el nombre de un gran escritor, la cabeza cubierta por una gran pámela. También hablaban con nosotros Benjamín y Sara Mendoza, y él, Benjamín, también se nos ha ido inesperadamente. Benjamín era fino y juncal, como una receptividad ante la brisa, moruno y silencioso, lleno de efusión quijotesca. Los dos, ya no están con nosotros. Y siempre resulta inesperada una despedida en la tierra. Chela -retomando el hilo nostálgico-nos hablaba a todos de la gracia y el garbo matemáticos y Benjamín, efusivo de las palabras, nombraba a Machado a Juan Ramón Jiménez. Yo, secundada por Alberto de Paz, me quedaba pensando en un teatro especial que algún día construiría, y se siguen desenvolviendo, verdes, amarillos, ocres, anaranjadas, las memorias, las reminiscencias. Mas no quiero que estas líneas rezumen tinte lóbrego. Rememoramos la impetuosa ternura de aquella juventud donde nosotros, el matemático, los que amaban las letras -él las amaba-nos pasábamos horas vigilando una voz, una metáfora en un libro, y compartíamos, sin el menor matiz de alti-

sonancia, una desmesurada inocencia.

La conservo, afortunadamente. No sé amargar la vida. Avatares los hay. Mas ¿puede negarse que una fragancia, en la medida en que se humaniza, es un hálito de vitalidad inagotable? Para ventura, tengo aún, no sólo la remembranza sino la imaginación de un traje azul, una añeja alhaja, una flor en un libro poético. La imaginación enriquece y dinamiza las memorias, no para desfigurarlas sino para engrandecerlas. La imaginación es el modo más limpio y rico del recordar humano. Algún detalle, algún pormenor delicioso se nos escapó de la atención en aquel remoto presente. Ahora lo fijamos, lo reencontramos, ampliando dulcemente la recordación.

Y añadido: a los que quise, a los que amé, les he abierto un cielo denodado, quiéranlo otros o no. No se puede permitir que perezca la creación del hombre cuando es capaz de sentir y pensar con un denso decoro. Hay que planear, para ese hombre, un auténtico trascender. Cielo no es legado que nos hacen. Es algo que se hace, que se forja y sin cesar, encarnizadamente. Casi feroces, los poetas modelamos eternidad, oponiéndonos, agresiva, volcánica y salvajemente, a lo fugaz. Recuerdo lo que Raimundo Chela me dijo una vez refiriéndose a la muerte: nos produce estupor porque somos eternos. Entonces, para él, para los amigos que se van, mi desconcierto ante la distancia y la perennidad para ellos.